

TESTIMONIO DE DOS ANTIGUOS MAESTROS NACIONALES, MIS ABUELOS

Enrique Manuel Puerta Domínguez



Son muchas las culturas las que reverencian a sus mayores. Culturas que, para nuestra corta mentalidad de occidentales desarrollados, son "primitivas" y sin embargo, cuánto tendríamos que aprender de ellas, máxime cuando en nuestra "civilizada" cultura, los mayores son a menudo arrumbados en el rincón del olvido, cuando tanta experiencia y saber vital atesoran para quien quiera y sepa escucharlos.

En lo que personalmente me concierne, tengo en el terreno antes descrito, una doble dicha. La primera, contar con mis dos abuelos paternos aun vivos, Manuel y Pepita, nacidos respectivamente en 1913 y 1916. La segunda, que ambos fueron (en el caso de mi abuelo Manolo entre otras muchas cosas) Maestros Nacionales en diversos destinos en Huelva y su Provincia, remontándose su aprendizaje y práctica en la entonces denominada "Escuela Normal", antes, durante y después de la Guerra Civil. La dicha es como apunto doble, puesto que a su sorprendente lucidez actual de personas ya nonagenarias, se añade su condición de antiguos docentes, y la docencia, quizás herencia familiar, es también, modestamente, mi principal, cuando no única vocación. Y en esta vocación ambos de seguro tienen mucho que ver. De muy niño no fueron pocas las horas que acompañé a mis abuelos en sus aulas, a mi abuela en el Colegio Tartessos de Huelva, y a mi abuelo en los corredores y aulas también, eso sí con la condición de mantener respetuoso silencio, dado que dichas instalaciones no eran otras que las de la Facultad de Empresariales de la Universidad de Sevilla, ubicada en el histórico edificio de la Calle Madre de Dios, y en donde mi abuelo tenía la Cátedra de Contabilidad, de la que se jubiló en 1984, su último y siempre añorado destino docente.

Escribo estas líneas por encargo personal de mi siempre querido Antonio Urzáiz, de la ACDP, con el que tan entrañables momentos he compartido

Correspondencia con el autor: Enrique M. Puerta Domínguez. xxxxx.: Antón Menger. Facultad de Ciencias del Trabajo. Universidad de Huelva. Campus de El Carmen. Avda. de las Fuerzas Armadas, s/n Huelva. Original recibido: Junio, 2006. Aceptado: Septiembre, 2006.

desde nuestro reencuentro en Sevilla. En realidad, nos conocimos muy someramente en el CEU San Pablo de Madrid, allá por mediados de los años 80, cuando Antonio, entre otros, con dos de mis recordados compañeros de clase en Derecho, Fernando García Rubio y Francisco José Ortiz Valero (jocosamente apodados "Los Pitufos", no sé muy bien si por ser de Primero de Carrera, o por su menguada estatura), se batía el cobre en la AEI (Asociación de Estudiantes Independientes), la cual defendía con inquebrantable denuedo los intereses del CEU frente a los no pocos atropellos con que le obsequiaba la Complutense de la época, cargada de sectarismo y demagogia. A título de muestra, cierto ínclito Rector complutense de ese período tuvo a bien otorgar el Doctorado "Honoris Causa" a un reputado "paladín de las libertades" como era el difunto Erich Honecker, terrible dictador de la Ex- Alemania comunista.

Un encargo este que ahora afronto de los que son realmente de amigo, pues me permite el enorme placer de comunicar unos testimonios desde esta plataforma, y espero que en sintonía con la admirable labor de "formación de docentes" que se realiza desde el CEU Cardenal Spínola, los cuales tienen un valor, para mí indudablemente sentimental, pero asimismo histórico, de testimonio privilegiado, por parte de personas que, tocándome tan directamente, han sido testigos de un dilatado y trascendental pasaje de nuestra historia. Historia en general e historia de la docencia española en particular a lo largo del S.XX. Testimonio privilegiado, que no testigos privilegiados, pues no pocos fueron los tragos amargos que en algunos años, como todos los españoles de la época, tuvieron que pasar mis queridos abuelos maestros, política aparte, por la que nunca tuvieron ninguna inclinación particular. Aunque sí me ratifico en recalcar que es toda una "gozada" poder escucharlos y tenerlos cerca de mi persona, circunstancias éstas que corroboran todos los que conocen personalmente a mis abuelos, los viejos Maestros Nacionales Pepita y Manolo, para muchos, entrañablemente D^a Pepita y D. Manuel (sin sorna ninguna en este último apelativo, apropiado en los últimos años por cierto conocido mandatario del fútbol recientemente "pseudodimitido", pues mi abuelo, que padece desde largo tiempo diabetes, no dice ser un "dia-bético", sino se jacta de ser "bético" todos los días desde su juventud). Maestros reconocidos, pues no obstante D^a Pepita es Excelentísima. Sra., al ser titular de la Orden de Alfonso X El Sabio, mientras que ambos fueron reconocidos, por el anterior Jefe del Estado, con el Premio Nacional de Maestros. Un premio que figurará en algún recóndito anal del Ministerio, dado que los diplomas sufrieron un inesperado incidente. Al recibir-

se en casa de mis abuelos el nombramiento, que llegó en un sobre lleno de oro-peles, dibujos y reposteros, no sé quien de los dos lo interpretó como una propaganda o anuncio, y le fue entregado a mi madre como objeto de juegos. Mi madre, que a la sazón tendría unos dos o tres años, redujo en sus infantiles y destructivos juegos sendos diplomas a pedazos, para lógica desazón de los premiados. Mi querida madre salió también docente, siendo en la actualidad Profesora de Instituto de Secundaria en Madrid.

Debo también a mis abuelos mis primeras nociones acerca de la ACDP y sus valores. Entre su nutrido grupo de amistades figuraba muy destacadamente la figura del inolvidable D. Esteban Ayuso Cruz, Propagandista de pro del Centro de Huelva y de recuerdo siempre entrañablemente imborrable. Fue D. Esteban recomendó a mis padres y abuelos que su "chico" estudiase Derecho en el CEU. Gracias a él fui admitido en el CEU en julio de 1985, empezando con la Institución una relación que perdura a la actualidad. Gracias a D. Esteban conocí auténtica "memoria histórica" de la ACDP, en las personas por ejemplo de D. Abelardo Algorta Marco y D. Isidoro Martín Martínez, siendo este último quien habría de ser mi querido y venerado maestro en la Asignatura de Derecho Canónico, en Segundo de Carrera en las aulas de Julián Romea. Tantas y válidas personas, cuyo recuerdo en estas líneas me provoca un suspiro de añoranza, pues hace años que nos dejaron para ir a morar, para toda la Eternidad, en la casa del Padre. Los ingleses tienen una acertada y lacónica expresión que resume dicho sentimiento: "*Out of sight, but not out of mind*" (Fuera de la vista, pero no fuera del pensamiento). El lector me disculpará esta súbita anglofilia, no en balde mi otra abuela, Mary Ann Scott, era nativa de Liverpool y enfermera durante muchos años, del Hospital de la Compañía Inglesa de Minas de Riotinto. Su esposo, el también desaparecido Dr. Narciso Puerta, fue cirujano y director del referido hospital, y mi padre es médico. Afortunadamente en mi caso, la vocación enseñante materna se impuso a la vocación sanitaria paterna, con lo que el género humano de seguro se libró de toda una suerte de dolorosos acontecimientos. Soy docente universitario, así como lo son mi hermana M^a José y mi cuñado, Francisco Javier. Fue docente también mi tía Manoli, la hija menor de mis abuelos Pepita y Manolo (mi única tía como ella le gusta decir, pues mi padre es hijo único). Manoli, asimismo alumna de D. Isidoro Martín en sus Estudios de Derecho. Esta pluralidad generacional de docentes en mi familia ha dado lugar a ciertas curiosas situaciones. Así, a algún onubense le ha dado tiempo a ser alumno de mi abuelo, alumno de mi tía y alumno mío. Espero que con buen recuerdo...

Pero dejemos que sean ellos, mis abuelos Pepita y Manolo, los que tomen la palabra. Ambos nos recuerdan que el momento histórico y social que les tocó vivir en su juventud era muy distinto al de hoy en día, y ello condicionaba todos los aspectos, incluido el de la enseñanza, por la que sintieron una vocación muy pronta. Mi abuelo es natural de Paterna del Campo, pueblo de la Provincia de Huelva lindante con la de Sevilla, mientras que mi abuela lo era de Huelva Capital. En realidad ello no marcaba diferencias, al ser Huelva antes de la guerra una especie de "poblachón grande" de pescadores y huertanos que apenas superaba los 40.000 habitantes. De orígenes modestamente burgueses (el padre de mi abuelo era bodeguero y el de mi abuela sastre), el tener hijos con vocación de estudios era una "rara perla" que a veces no contaba con la necesaria comprensión de los severos padres de la época (y más aun en el caso de las féminas). Ambos consiguieron matricularse, debe decirse que con apoyo familiar en ambos casos, en "la Normal", la escuela de Magisterio del momento (que era la única posibilidad de estudios en Huelva en aquella época junto con Escuela de Comercio y Peritos de Minas, creo recordar). Allí se conocieron y se hicieron novios, corría el año 1934, durante una excursión de estudios a la localidad onubense de Beas, famosa por su Belén viviente..... Sólo el final de la contienda permitió su matrimonio en el año 1940, siempre en medio de condiciones muy difíciles que huelga explicar.

Concretamente, es mi abuelo un ejemplo de memoria histórica de la antigua sociedad rural andaluza. Los recuerdos de su niñez están muy vívidos en él, y así nos participa que, durante ese primer tramo del S.XX en Andalucía, posiblemente más del 90 por ciento de la población estaba dedicada a la agricultura. Dada esta forma de vivir a las ocho de la mañana no quedaba un solo trabajador en el pueblo. Aparte de esta mayoría trabajadores del campo podíamos añadir una docena de personal suficientemente preparado como serían; dos médicos, el boticario, el practicante, el veterinario, el párroco y poco más. Otro grupo era el de los artesanos, carpinteros, zapateros, herreros...etc, que rozarían la veintena individuos. Esta estructura social se arrastraba de siglos atrás, con una inercia sorprendente, sin que la vida alterara su ritmo. Por desgracia a las personas que hemos citado se unía una masa ingente de analfabetos, contribuyendo así a una forma de vivir donde la inmensa mayoría de la población carecía del menor bienestar, agravado por la falta de higiene y por la escasez de aspiraciones. Semejante contexto contribuía a hacer crónica esta estática social. Nos encontraríamos por consiguiente con una sociedad muy pobre en cultura, en

métodos didácticos y en el nivel de preparación para trabajos en la industria. Se observaba en aquella época una falta de interés en la formación y escasas ideas para realizar un avance hacia una sociedad más acorde con las aspiraciones que en aquellos momentos ya se vislumbraban en el horizonte social. El analfabetismo era de más de un 80 por ciento de la población pero a esto se le unía una sociedad aferrada a su modo de vida y carente de aspiraciones. En el orden técnico apenas existían trabajadores cualificados y el peonaje alcanzaba casi la totalidad de la población activa.

Era una vida, como reza el viejo dicho, "de sol a sol". Los hombres ponían en marcha la labor diaria, preparando las caballerías y aperos de labranza y permanecían en los lugares donde se cultivaba la tierra, hasta que declinando los rayos solares y acercándose la oscuridad de la noche, volvían al pueblo dejando para su reposo a los animales en la cuadra para su descanso y estar listos para iniciar la faena al día siguiente. Una noche alumbrada con carburos y candiles de aceite. La luz eléctrica, recuerda mi abuelo, llegó a su pueblo el año de su nacimiento, 1913. Los más acomodados tenían una única bombilla en el salón de estar, cuyo uso diario importaba una perra gorda (10 céntimos), que el cobrador de la Compañía Sevillana de Electricidad recaudaba de los usuarios de tan elemental servicio con cotidiana puntualidad y en efectivo. Los hombres, rendidos de la dura faena, tenían como último quehacer el echar de comer al ganado el último pienso de la jornada. Mientras, las mujeres preparaban la cena que tenía lugar ya bien entrada la noche. Durante el día sólo existía una pausa breve para el almuerzo, a las 12 del mediodía; recuerda mi abuelo que el estruendo de los barrenos de la Mina de Riotinto, que se verificaba a esa hora con británica puntualidad, determinaba el momento exacto. Hasta la campaña llegaba la onda expansiva de la dinamita que ahondaba el inmenso cráter de las explotaciones minerales a cielo abierto de Corta Atalaya. Una vida dura en extremo, sin forma alguna de Seguridad, Sanidad o Educación públicas dignas de tal nombre, de jornaleros durmiendo en el suelo de las gañanías, de pan con aceite y alguna sardina en salazón las mejores veces, y de pasar mucha hambre cuando no había faena en el campo, algunas penosísimas, como la de cavar las raíces de las viñas con un azadón. También era dura la siega, a mano con hoz, mientras que otras, como la de aventar y trillar, eran más festivas, acompañadas frecuentemente por retazos del folklore popular (canciones de siega, canciones de trilla). Una vida intocada desde la época de los *Latifundia* romanos. Recuerda mi abuelo que, con tanta romanidad, circulaba hasta la moneda romana, concretamente ases de

cobre con la efigie de Trajano o de Adriano. Dichas monedas aparecían en los campos y los pobres labradores, pretendiendo estafar, las usaban como perras gordas o chicas de cobre. Más de un ladino cobrador o comerciante se enriqueció dando repentino curso legal a esas monedas del S. II de nuestra Era, haciendo la vista gorda ante el engaño, para posteriormente revenderlas a los anticuarios de Sevilla.

Los ejemplos de la dureza de aquella vida en el campo son innumerables, aunque no conociéndose otra cosa, la gente lo asumía como un deber ser natural. Relata mi abuelo una escena terrible; siendo el jornal medio de 1,50 ptas, es decir, seis reales, un jornalero falleció por el calor en medio de la siega. Y a la viuda y a su seguro que no escasa prole sólo le quedaron tres reales porque..... el marido había fallecido a mitad de jornada.....!! ¿cabe pensar en una mezquindad mayor?

Los hombres visitaban las tabernas en sus ratos de asueto, reuniéndose para comentar las incidencias del momento o época del año. La marcha de los trabajos, férreamente disciplinada en torno a un calendario agrario propio de la Edad Media, era casi únicamente el tema de conversación. Las mujeres permanecían todo el día realizando las labores de la casa, e incluso cuidando a los animales que criaban en los corrales, como ocurría con un cerdo o dos que al final serían sacrificados y convenientemente conservados. Sus productos se consumían a través de todo el año. Como permanecían tanto los hombres como las mujeres en sus labores, las poblaciones quedaban totalmente desiertas durante el día y sólo se animaban ligeramente cuando se terminaba el trabajo. El padre de familia ejercía una autoridad, a menudo omnímoda, la cual daba a entender que él era el centro de la vida familiar y por tanto perceptor de todas las atenciones. La sumisión voluntaria de la mujer al marido era total.

Mi abuelo tiene vívidos recuerdos de su primera vida escolar en su pueblo. Dicha vida era tremendamente rudimentaria y a misma concurrían pocos alumnos en comparación con los medios más urbanizados, pues cuando los niños podían colaborar en la labor que ejercía el padre, se incorporaban a ella y abandonaban la escuela, con muy pocas, o sin ninguna letra las más de las veces. Mi abuelo recuerda que en su localidad natal la escuela estaba instalada en la primera planta del Ayuntamiento, con un pavimento inhospitalario y unas bancas en las que se apiñaban cinco o seis alumnos, teniendo estos pupitres colectivos unos pequeños orificios, donde se colocaban unos tinteros en forma de sombrero. Tales tinteros, con los movimientos que forzosamente tenían lugar, pro-

vocaban que se derramase la tinta continuamente, de manera que la pulcritud de la banca dejaba mucho que desear.

La escuela estaba regida por un maestro titular, ya con cierta edad y débil salud, excelente persona a la que ayudaba un señor no titulado, pero que realizaba una buena labor, dado su fuerte carácter, en oposición a la bondad congénita del titular. En la misma enseñaban, como es lógico, a leer y escribir, existiendo unos libros de lectura cuya dificultad para usarlos aumentaba conforme al paso de los años por motivos de su cada vez más acusado desgaste. La enseñanza de la escritura se desarrollaba de una forma que hoy provoca una sonrisa al recordarla; al alumno se le entregaba una pauta que tenía levemente señaladas unas líneas pequeñas con forma de palotes, para acostumbrar la mano a la escritura, y que el alumno rellenaba, con pluma y tinta. Superada esta primera fase, los alumnos recibían después pautas ya con letras que había que rellenar, hasta que por fin, abandonada la pauta, se soltaba el aprendiz, y acababa escribiendo lo mejor posible. No existían libros de texto tal como los conocemos hoy en día, y solamente se usaban como ya se ha dicho citados libros de lectura tan deteriorados.

El aprendizaje intelectual era machacón a base de las conocidas como cantinelas, la tabla de multiplicar, los países y sus capitales, los ríos. Para tal forma de aprendizaje se colocaba a los alumnos alrededor de las mesas haciendo una especie de elipse, mientras que el maestro, con una larga vara como puntero, oficiaba de "director de orquesta" (cuando no se usaba la vara como elemento de "orden" en la clase). De tal guisa se canturreaban todas las materias escolares, constituyendo la marcha de este sistema una continuidad y relevo constante de los alumnos. Acaecía que los niños que llevaban algunos años en la escuela, y que por ello dominaban perfectamente el contenido de lo que se aprendía, servían de involuntario apoyo a los más novatos. Cabe recordar que las novatadas eran a menudo muy crueles, en otras ocasiones eran en cambio más graciosas. Mi abuelo recuerda a un amigo entrañable, ya desaparecido, que llegó de otra localidad con un arcón lleno de chorizos y golosinas, cerrado con un imponente candado. Los veteranos del colegio (mi abuelo uno de ellos, confiesa) se limitaron a desclavar el fondo del arcón, comerse todo el contenido, rellenarlo de piedras y recolocar el fondo con nuevos clavos. Una escena de picaresca digna del Buscón quevediano, que a todos hizo enorme gracia, salvo al expoliado, lógicamente, cuando confiado abrió el cerrojo, tan impresionante como inútil. Circunstancias de la vida hicieron que ese expoliado, lejos de ser vengativo,

salvase "literalmente" la vida a mi abuelo durante la contienda, pues resultó ser uno de los mandos de Falange con más peso en la Provincia de Huelva, en aquellos primeros días de julio de 1936, en donde nada estaba claro y todos, sin distinción de ideologías, o sin tenerlas, corrieron enorme peligro, y muchos pagaron injustamente con su existencia.

Recuerda mi abuelo aun muchas de esas cantinelas. Así por ejemplo; se decía en geografía "que España limitaba al Norte con el mar Cantábrico, los monte Pirineos que la separaban de Francia....". Así se aprendían también todas las asinaturas de forma tan cómoda como pedagógicamente discutible, para el alumno y el maestro. Pero esto tenía una grave desventaja, al no manejar el niño los libros oportunos; dicho inconveniente era a menudo la no actualización de las materias, que se transmitían tal como el viejo maestro las aprendió en su día. Mi abuelo recuerda que en la cantinela relativa a Capitales de Europa, todavía el viejo maestro de pueblo decía: "Reino de Suecia y Noruega, Capital Estocolmo". Una inercia incontrastada y perpetuada por el docente, puesto que la separación entre ambas naciones había tenido ya lugar con anterioridad, hacia 1905.

Particular cariño tienen mis abuelos de un peculiar capítulo, materia de por sí interesante para cualquier estudio sociológico, cual es el de los juegos infantiles de su época. Factor de socialización indudable frente a las actuales e individualistas "videoconsolas", mis abuelos recuerdan que los juegos iban por temporadas, en función de la estación del año, y que, jugando a una cosa, todos jugaban a esa cosa y no a otra. El juguete industrial o de producción en masa simplemente no existía, y era la inventiva y los recursos del niño lo que contaba. Y era el cambio de juego que en un momento dado se producía, pero sin saber que hado misterioso lo ordenaba con una puntualidad admirable, un factor tan admirable como sorprendente. La "enciclopedia lúdica" de mis abuelos es notoria, y merece reflejarse en estas líneas.

Así, "el aro" que consistía, como su nombre indica, en un aro de hierro de unos cuarenta o cincuenta centímetros de diámetro, que se manejaba con una varilla, también del mismo material, la cual al final tenía como una horquilla con la que se dirigía el aro. Bueno pues este juego, que era lo único que se practicaba en el momento designado y en el que participaban todos los niños, no conocía juego alternativo durante su vigencia, hasta que llegaba el día, no sabemos porqué, ni quién ordenaba el cambio, que desaparecían los aros e inmediatamente se ponía en marcha otro juguete, que podían ser "las bolas". Este juego consistía en dirigir unas bolitas (de cristal para los ricos, o de arcilla para

los más pobres) a un pequeño hoyo en suelo, donde se introducían las mismas con los dedos. Partiendo del hoyo, cada jugador disparaba con su forma personal la bola, la cual debía tocar a la del jugador adversario, para posteriormente intentar reintroducir la bola en el agujero. Ello determinaba al vencedor, cuyo premio consistía en quedarse con la bola del así perdedor. Lo de "canicas" o el "guá" eran madreñismos que mi abuelo jamás oyó en mucho tiempo.

Otro pasatiempo se conocía como "la billarda", que era un pequeño trozo de madera afilado en sus extremos, dando la sensación como si fueran dos conos unidos por su base. Este juguete tenía la longitud de unos diez centímetros de diámetro, y su espesor en la parte céntrica podría tener cuatro centímetros, y para usarlo se colocaban dos piedras separadas por una distancia algo menor que la longitud del juguete. Este objeto se colocaba sobre las dos piedras y como quedaba un hueco entre las mismas, con una barrita de madera de unos cuarenta centímetros se elevaba el objeto a una altura de unos cincuenta centímetros, y entonces muy hábilmente se le pegaba con la barrita, lanzándolo a una distancia, que era premiada al que alcanzara la mayor longitud a partir de las piedras. Otro juguete se denominaba "el crochet", y consistía en practicar un hoyo en el suelo de unos cincuenta centímetros de profundidad y quince de diámetro. Este agujero se rellenaba de barro y con una barra de madera de unos treinta y cinco centímetros de larga afilada en uno de sus extremos, se clavaba en el barro y la habilidad de los jugadores consistía, en lanzar otra barra que desplazara a la que ya se había introducido y si el jugador desplazaba a la que estaba introducida era el ganador del evento.

Otro de los juegos se llamaba "la pídola" y consistía en que un jugador del grupo elegido por sorteo o mediante la recitación de unas palabras le señalaba, como perdedor y tenía que colocarse en una posición inclinando el cuerpo, para que la espalda quedara en posición horizontal y en ella se apoyaran los que debían saltar sobre el que estaba en la posición mencionada. El jugador que saltaba lo hacía a una distancia del que estaba inclinado que debía ser la mayor longitud posible, y el triunfo consistía en llegar lo más lejos posible, del que estaba recibiendo los saltos de los demás. Todos estos movimientos estaban acompañados de frases alusivas al juego que eran diferentes, siguiendo un orden previamente numerado.

Existía también un juego que consistía en tomar una cuerda, cuyos extremos se sostenían por ambas manos y llegando hasta el suelo se giraba sobre la cabeza y los pies tenían que salvar la cuerda, mientras se desplazaba el jugador.

También se jugaba al juego conocido como; "las cuatro esquinas" que consistía en considerar refugio la esquina donde había un jugador que debía desplazarse de su esquina, mientras el que estaba desplazado debía correr y llegar antes del que había abandonado su refugio. Si llegaba con anterioridad el que estaba a la espera este se refugiaba en la esquina y el otro quedaba libre esperando otra oportunidad igual.

Este otro juego que vamos a describir tenía que realizarse en época de lluvia, donde además, en aquellos tiempos el pavimento era de fango y transitar por el era difícil a la vez que se ensuciaban los zapatos. El juego consistía en caminar con unos elementos que le llamaban "zancos". Una modalidad consistía en utilizar dos envases de chapa como por ejemplo; latas de conserva. En la base de estas latas se hacían dos orificios uno frente al otro y se introducía una cuerda hasta la altura aproximadamente de la cintura. El chico, ponía un pie en un envase y el otro pie en otro envase igual. De esta forma con los pies, con una altura de unos diez centímetros y tirando de las cuerdas se desplazaba sobre el fango y evitando los efectos del mismo. Otra modalidad de zanco consistía en utilizar un trozo de madera de poco espesor, al que se ataba una cuerda a unos veinte centímetros de la parte que debía pisar el suelo y el otro extremo de esta cuerda se ataba unos veinte centímetros más arriba. Para utilizar este juguete se introducía, la parte trasera de cada pie en el lugar inferior de la cuerda y así se desplazaba el usuario sosteniendo los pies donde hemos dicho y las manos sujetas a la parte superior del juguete. El uso de estos zancos, requería cierto aprendizaje hasta lograr el equilibrio necesario para mantener la verticalidad.

Hemos descrito todos los juegos que antecede referidos a varones, que como es lógico, lo dominábamos mejor por pertenecer a este género. Sin embargo, recordamos algunos juegos de niñas, como era "el diábolito", que consistía en un pequeño objeto de goma que se parecía a dos conos unidos por su vértice, pero vacíos en su interior. El juego se completaba con dos varillas unidas por una delgada cuerda y se trataba en colocar el juguete sobre el cordón y girando las varillas, hacerlo mover sobre sí mismo y adquirida la velocidad necesaria, se lanzaba al espacio y se volvía a recoger de la misma forma en lo que consistía la dificultad de la operación.

También podemos mencionar el juego de "la comba", en la que se tomaba una cuerda gruesa de unos tres o cuatro metros y cada extremo era sostenido por una jugadora, esta cuerda se giraba y el juego consistía en introducirse en un espacio, teniendo en cuenta, no pisar esta ni tocarla con la cabeza. Este juego

era un ejercicio muy importante de habilidad e inteligencia, pues había que esquivar, tanto el roce que podía producirse en la cabeza, como enredarse en los pies.

Las niñas jugaban con frecuencia a un ejercicio que llamaban "la rayuela", y consistía en hacer unos cuadros en el suelo dibujados con tiza, que debían salvarse arrastrando una piedra plana, quedando penalizado si las rayas no se salvaban, por lo que se producía un ejercicio físico cuando se movían las piernas y un ejercicio mental, cuando había que entrar como viene dicho, esto es, para no pisar la raya.

Como podemos observar al no existir apenas juguetes, los críos inventaban todo tipo de juegos y objetos con los que divertirse, y a la vez aprendían y desarrollaban su inteligencia y habilidades de un modo bien diferente al que rige actualmente. Todo lo descrito anteriormente refleja fidedignamente cómo era la sociedad en que crecieron mis abuelos, y el modo en que los niños y mayores trabajaban y se divertían. Como contrapartida, mis abuelos recuerdan una naturaleza floreciente, baños en el río, y unas playas de Matalascañas o Punta Umbría sin apenas edificaciones, y mucho menos, especulación urbanística costera, por desgracia últimamente tan en boga. Las fiestas locales, las Cruces, el Rocío, cuando no la lejanísima feria de Sevilla, reunían unas cifras de asistentes que hoy produciría sorna considerar. A Sevilla se tardaba más de una hora en tren para hacer poco más de 40 kms, cuando no los arrieros se dormían en los carros que transportaban el vino y el aceite. Saliendo el convoy de anochecida las bestias, enseñadas, dejaban a su amo puntualmente en Sevilla a la mañana siguiente. "Ya quisieran trabajar así los camioneros actuales", apunta burlonamente D. Manuel, "sin tacógrafo, test de alcoholemia, ni carnet por puntos!". Un pobre arriero, sin saber conducir, se compró una furgoneta, y quemó el motor, pues hizo todo el viaje en primera. Aquello andaba al ritmo al que estaba acostumbrado y el pobre no se preocupó de más, dándose el gran susto cuando el capó comenzó a humear profusamente. Recuerda mi abuelo también que en Matalascañas sólo había una garita donde se reunían los carabineros cuando terminaban su ronda. Se tardaba dos días en carro desde su pueblo, por carriles de arena pasando por El Rocío. Los animales no temían la presencia del hombre, y algún carabinero, como fue testigo mi abuelo en su niñez, mató a un confiado jabalí o venado con su machete, siendo ello el comienzo de un festín, tan opíparo como furtivo.

El estudio era, en aquella época, y no digamos ya para los calificables como "estudios superiores", un artículo de lujo. Era curioso observar como muchas

familias que podían pretender que sus hijos, como más tarde sucedió, se perfeccionaran con estudios o preparación profesional, tachaban esas ansias de aprender en vez de arrimar el hombro en el campo o en el negocio familiar, castizamente hablando a la andaluza, como una "chalaura". Pesaba sobre esos padres un atavismo secular y pensaban que si ellos habían sido trabajadores agrícolas o artesanos, estos hijos debían continuar el camino trillado de sus padres sin más preocupaciones o inquietudes. Incluso recuerda mi abuelo que los pudientes de su pueblo que se dedicaban al campo, y que podían vestirse a medida o "de sastre", omitían hacerlo incluso hasta en las celebraciones más señaladas, ya que temían posibles burlas de sus paisanos si se mostraban ante ellos con la indumentaria propia de "uno de la ciudad". Dice mi abuelo que la televisión ha hecho que ahora sea imposible distinguir a un habitante de pueblo y a otro de ciudad por sus meras vestiduras, pero que en su época era bien diferente. Así continuaba la vida con una inercia letal que frenaba fuertemente su progreso. Los padres respiraban pues este ambiente, y eran muy dichosos con la idea de que las cosas continuaran de tal modo. La condición de estudiante universitario tenía en aquellos años mucho de tradición familiar, y se daba la paradoja de, quien queriendo estudiar, no podía, y quien no quería nada con los libros, era obtusamente obligado, a correazos si era preciso. Muchas veces el joven tenía que rogar e imponerse a la familia con circunstancias dramáticas para aspirar a conseguir una carrera de estudios superiores. Este modo de entender la vida generaba una Universidad minoritaria, donde las promociones que figuraban en las orlas contaban con poquísimos individuos. El número reducido alentaba una Universidad que sí, era de élite intelectual, pero también de élite a secas. Ante tal contexto, mis abuelos siempre rechazaron toda idea de Universidad para unos pocos. Su estrecha amistad, como referíamos al principio, con personas muy vinculadas a la obra universitaria del CEU San Pablo, no hizo sino ahondar esta firme convicción en ambos, de la Universidad y los estudios como un bien que debería ser alcanzable a todos, sin otro capital exigible que el de la talla intelectual del individuo y su compromiso de aprender.

Por otra parte, la limitación de estudiantes con formación superior permitía que se encontrara un puesto de trabajo con relativa facilidad y hacían la profesión más atractiva, pero eso en teoría. Había por ejemplo pocos abogados, pero recuerda mi abuelo que el tráfico jurídico en la época era prácticamente nulo, y que como singular pero revelador dato, para toda la ciudad de Huelva sólo existía un único Juzgado y la Audiencia. Hoy hay partidos judiciales en pueblos

de la Provincia de Huelva que cuentan hasta con 3 Juzgados (y los mismos están atascados). Los estudios universitarios eran pues un arcano casi desconocido para la población y por ello los que se decidían por cursar los estudios superiores eran muy escasos. De la Universidad, dice jocosamente mi abuelo, se conocían las Tunas o Estudiantinas, y pare usted de contar. Calcula mi abuelo que el número de estudiantes universitarios de la Provincia para lo que actualmente sería Licenciatura podría alcanzar en sus años juveniles la cifra de no más de 40, la mayoría o casi exclusivamente varones. Hoy por hoy, la población universitaria de una provincia como Huelva alcanza 15.000 alumnos. Este avance pone de relieve una inmensa transformación social a todos los niveles. Los estudiantes debían desplazarse a lo sumo a la capital de la Provincia, donde sólo había un único Instituto de Bachillerato, aparte de cursar la carrera de Magisterio, o alguna enseñanza coyunturalmente existente, como la antes citada de Peritos de Minas. Y en cualquier caso se desequilibraban los varones y las hembras, siendo la Escuela Normal, en cambio, una excepción. En la Escuela Normal recuerda mi abuelo que habría unos 50 alumnos varones y aproximadamente igual número de alumnas- Una cifra muy inferior alcanzaban los matriculados en la Escuela de Peritos o Facultativos de Minas, alumnos que procedían de los trabajadores de la mina que, con un gran deseo de superación, querían elevar su anhelo de alcanzar una titulación académica más destacada aunque dentro de la modestia.

Por lo que respecta a los inscritos en la Escuela de Comercio, estos eran bien hijos de comerciantes, o bien aspirantes a contables para colocarse en un banco o empresa. Recuerda mi abuelo que la prueba de ingreso en el banco era bien sencilla. Se cogía el listín telefónico (los números de teléfono eran de 4 cifras) y en que sumase más rápida y exactamente, de cabeza por supuesto, la columna, se quedaba con la plaza. Recuerda mi abuelo que cierto contable bancario era capaz de sumar de cabeza, rápidamente y sin error, columnas de tres y cuatro dígitos al mismo tiempo, expresadas en pesetas y céntimos. El cuadro de caja se verificaba todos los días, y los apuntes pasados parsimoniosamente a plumilla... Como puede verse, la imagen del pobre contable Cratchit, el empleado del mísero y avaro prestamista Scrooge, éste último redimido "in extremis" por los espíritus en "Canción de Navidad", el célebre relato Dickens, no es tan lejana en el tiempo, aunque las omnipresentes calculadoras y programas informáticos nos lo hagan creer. Firme partidario de la suma de cabeza, D. Manuel ve en ello la causa, por ejemplo, del éxito de los informáticos hindúes en nuestros días, tan cotizados, puesto que a ellos, en su etapa formativa escolar, no se les deja pul-

sar una tecla, o simplemente no tienen oportunidad de ello en las zonas rurales, hasta que no dominan por entero el cálculo mental. Discrepo con mi abuelo en ese particular, por la simple razón de que yo con los números fui siempre un completo prodigio.... de negación!

Por su parte, los alumnos que se decidían por su asistencia a la Universidad tenían que desplazarse por fuerza a Sevilla cuando no a Madrid, y esto ya requería unos desembolsos económicos que no estaban al alcance de todas las familias, ya que las becas y los auxilios de estudios eran muy parcos para fomentar apreciablemente las vocaciones estudiantiles.

De su etapa formativa como alumnos de "La Normal", recuerdan mis abuelos con emocionada añoranza su instrucción como docentes en ciernes con arreglo al conocido como "Método Decroly", ideado por el médico y psicólogo belga de ese nombre (Renaix, 1871, Bruselas, 1932), quien en 1907 fundó "L'École de l'Ermitage", centro experimental de reconocido prestigio internacional, el cual nació bajo el lema: "*L'école pour la vie et par la vie*" (La escuela para y por la vida).

En aquella época debe recordarse que, de los Estudios Primarios, se accedía al Bachillerato Elemental, que duraba cuatro cursos y que se desarrollaba normalmente entre los diez y los catorce años. Mi abuelo era del parecer de que un niño en esa edad no debía estar en manos de siete catedráticos de instituto, cada uno con sus propias características, sino que era más pedagógico la enseñanza impartida por un solo maestro o, a lo sumo, dos, lo que supone una diversidad de materias unificadas en un único profesor. La dificultad se presenta cuando este único profesor tendría que poseer una preparación en asignaturas muy diversas, además de buenas dotes pedagógicas. Hay que destacar que con este método se atiende más la forma de enseñar que a los conocimientos en la materia, sin que esto último se pueda desdeñar.

El "Método Decroly" en su aplicación práctica se basaba en los llamados "Centros de Interés" y consistía en tomar una lección o tema como núcleo alrededor del cual giraban las restantes materias, en número programado. Las asignaturas en los cuatro primeros cursos eran fundamentalmente Gramática Española, Lengua Latina, un Idioma moderno y Geografía e Historia, en el área que se denominaba Letras, mientras entre las Ciencias se comprendían las Matemáticas y Ciencias Físicas y Química, así como las correspondientes a la Naturaleza. Eran muchas asignaturas y algunas no muy aptas para alumnos de diez años como ocurría con el latín; asimismo los alumnos estaban agobiados por la falta de tiempo no sólo para relajarse con un merecido recreo, sino para

disponer de algunas horas para el estudio y ordenación de sus trabajos. Todas estas circunstancias me llevaron a tratar de resolver estos problemas, que agotaban a los alumnos sin que se obtuviera el resultado apetecido.

Recuerda mi abuelo el desarrollo en concretamente de dos de esos llamados "Centros de Interés" en su etapa formativa, el de Gramática y el de Matemáticas. En cuanto al primero de ellos, en dicho Centro de Interés se explicaba dicha materia de letras con mucha atención, no solamente la teoría, sino practicando la lectura, comentando textos, haciendo ejercicios de redacción, análisis morfológicos y sintácticos y tratando más de conseguir una formación intelectual que de adquirir conocimientos. Esta asignatura se desarrollaba durante tres horas en días alternos de cada semana y a su alrededor, pues se trataba de "centros", giraban los Idiomas, la Geografía y la Historia. Todo este núcleo se desarrollaba en dos horas semanales, también en días alternos incluyendo las correspondientes prácticas. Es decir, con nueve horas semanales había suficiente tiempo para desarrollar el área de Letras con toda comodidad y eficacia.

Otro "Centro de Interés" lo constituía las Matemáticas, con tres horas semanales en días alternos. Se procuraba fundamentalmente la formación del alumno estimulándole a razonar, a analizar muchos ejercicios, utilizando tanto el método inductivo como el deductivo, y no olvidando que la Aritmética y la Geometría razonadas eran los vehículos más aptos para alcanzar una disciplina intelectual y una formación adecuada. Las restantes asignaturas de Ciencias, como Física, Química o de la Naturaleza, consumían otras dos horas con sus respectivas prácticas, es decir, con nueve horas semanales.

Hay que destacar que cuando se había conseguido modelar la capacidad intelectual del alumno y creado en él un hábito de estudio, a base de razonar y no de memorizar, el tiempo diario se reduce en progresión sorprendente, que sólo puede valorar el profesor que ha aplicado estas ideas. Así podemos decir que con 18 horas semanales había suficiente tiempo para explicar todas las materias citadas y quedaban 12 horas semanales para el estudio. Con este método se obtuvieron excelentes resultados, de manera que mis abuelos aun estiman interesante utilizar estas experiencias, puestas al día, recalcando siempre que llevar a efecto este método de enseñanza hay que contar siempre con maestros preparados y de elevado nivel intelectual.

A mis abuelos les tocó vivir la época difícil de la contienda y la posguerra. Mi abuelo dice, con la voz de la experiencia, que las guerras son peligrosas siempre, pero particularmente peligrosas cuando comienzan y cuando acaban. Muchos

maestros de valía, ajenos a toda inquietud política, vieron sus carreras arrumbadas en el mejor de los casos porque (caprichos de la historia), sus títulos estaban encabezados por la expresión "República Española". Mis abuelos, apolíticos militantes, se vieron constreñidos, como otros muchos, por tan injusta como inevitable trampa. Primero vino la desposesión de sus estudios, después, como castigo más ladino aun, la concesión de destinos imposibles. Así, a mi abuela, natural de Huelva y afincada en dicha ciudad, la destinaron a un pueblo de Albacete llamado Cañada Juncosa. El Delegado de Educación en Albacete se empeñaba tercamente que mi abuela acudiese a tomar posesión de su plaza personándose en la escuela del referido pueblo... durante la famosa helada de la época en donde se llegaron a superar más de 20 grados bajo cero!! Recuerda mi abuelo que el agua de la bayeta, que el camarero pasaba sobre las mesas de mármol mientras consumían su achicoria (que al menos estaba caliente), se helaba. Tardaron más de cuatro días en hacer ese recorrido en tren de una punta de España a otra, liados en una manta y con una botella de coñac. El tren se paraba por falta de carbón, porque rondaban los "maquis"... Una odisea, hasta que llegaron hasta Albacete Capital, y ahí hubieran perecido congelados, si no es porque un paisano de Huelva, que casualmente trabajaba en el Gobierno Civil albaceteño, movió algunos hilos para dispensar a mis abuelos de un penoso viaje por la helada estepa manchega hasta el pueblo de Cañada, de manera que, felizmente tras lo mucho padecido, mi abuela pudo firmar dichosa la toma de posesión en el mismo Albacete. "Nunca fuimos a ese pueblo de Cañada Juncosa", recuerda mi abuelo, "pero alguna vez, por curiosidad, y con las comunicaciones de ahora, me gustaría visitarlo".

La necesidad agudizaba el ingenio. Recuerdo otras curiosas anécdotas, graciosas y penosas al mismo tiempo (bueno, graciosas si no se viven directamente, se entiende). Mi abuela tenía una hermana soltera, Rafaela, a la que apuntaron como "Rafael" en su cartilla de racionamiento. ¿La razón? Porque como varón tenía derecho a una ración de tabaco de la que daba cuenta mi abuelo, dado que para las mujeres no existía tabaco racionado. Pasatiempo doméstico habitual era quitar las estacas a dicho tabaco, así como retirar los chinos que se escondían traicioneramente entre las legumbres. Cuenta también mi abuelo que al llegar a una fonda en un pueblo de su comarca, tuvo que pasar la noche sentado.... al descubrir la cama, la misma bullía, literalmente, de chinches!! Muy típico de mi abuela Pepita: cuando alguno de sus cuatro nietos nos quejamos por alguna contrariedad, ella responde lacónicamente.... "es lo que pasa por haber tenido una vida tan cómoda".

Entre estos y otros avatares, la consecuencia, entre muchas otras, fue que España se despobló de maestros en el primer tramo de la posguerra. Sin embargo, el Régimen salido de la contienda supo enmendar la plana a tiempo. A las desgracias de la guerra se unió la lacra del analfabetismo. Y resultó que, cuando esta juventud desamparada en el orden cultural, se incorporaba al ejército, lo convertía en un ejército de analfabetos, cayendo entonces los mandos militares en la cuenta de que un soldado analfabeto es un soldado ciego (no puede ni interpretar un mapa, ni leer los indicadores de las carreteras, por ejemplo). Como este estado de cosas no podía continuar, el Régimen dio marcha atrás y comenzó una intensiva campaña de alfabetización, en la cual muchos docentes fueron excarcelados y mandados a dar clases de lectura, escritura y cuatro reglas en los cuarteles, eso sí, bajo estrecha vigilancia. Mis abuelos recuerdan vívidamente esos años 40 (para nosotros en blanco y negro), con las secuelas de la posguerra, miseria, enfermedades, hambre, etc., lo que creaba un ambiente general de pesimismo y dejadez. Creo que en estos momentos debió resultar casi imposible anidar en el alma un atisbo de optimismo y esperanza. Sin embargo, mis abuelos creyeron en el vigor y en la energía que latía en los corazones de la población española de aquellos tiempos. Concretamente mi abuela Pepita conserva como una alhaja sus viejos cuadernos escolares, en los que recogía las memorias que hacía a final de curso, y en donde relataba las incidencias acaecidas en el año escolar. De dichos lejanos recuerdos se deduce que el sueldo que tenían los funcionarios docentes, y esto no es una exageración, daba escasamente a una familia, y no demasiado numerosa, para desayunar, de modo que para vivir el resto del día había que buscárselas con trabajos extraordinarios que agotaban la salud de los que lo efectuaban. Recuerda mi abuelo de cierto maestro de la época que únicamente tenía un traje negro para todo el año, con el que iba a dar sus clases, y que su esposa planchaba y dejaba impecable día tras día.

Todo parecía ir en contra pues del ansia de estudio y saber. Y más aun cuando los que participaban en el mercado negro, los vulgarmente conocidos como "estraperlistas", ganaban en unas horas más que un funcionario de la enseñanza en todo un año de trabajo. Pero mi abuelo concretamente, optimista por antonomasia, y dotado de una visión de futuro muy poco común, advirtió al momento un rayo de esperanza, precisamente en ciertas pautas de esos especuladores. Y era que este oscuro traficante, el "estraperlista", a menudo analfabeto, no enseñaba a su hijo esta ominosa práctica, sino que por el contrario lo enviaba al colegio y aun más a la Universidad, y se preocupaba por la situación docente de

su hijo mucho más que muchas personas de vida igualmente desahogada, por desgracia, los menos, pero que presumían de honestos, y quienes tildaban al estraperlista de nuevo rico o patán. Estos hechos convencieron a D. Manuel de que el país resucitaría como el Ave Fénix de sus propias cenizas, que se acabaría el analfabetismo y que ello acabaría trayendo por resultado, a la vuelta de los años, un desarrollo sorprendente. Igualmente, cuando en los años 50 el paro y la escasez de medios eran agobiantes, y la emigración se hizo imprescindible, el trabajador víctima de estos hechos no tenía reparo en expresarse, según palabras textuales de D. Manuel, en estos duros términos: "Yo educaré a mis hijos a la europea, y si para ello tengo que trabajar 20 horas diarias, emigrar, e incluso robar, y perdone usted la expresión, lo haré, pero mis hijos no serán peones como yo, sino profesionales formados o universitarios destacados". Mi abuelo Manolo se regocija al comprobar lo exacto de profecía. Aun recuerda la historia del emigrante que insistía en tomar el tren para Alemania de noche; preguntado por mi abuelo sobre ese desconcertante particular, el emigrante respondió que quería dejar a su familia dormida y no pasar el amargo trance de despedirse de ellos, porque de otro modo se vería incapaz de emprender el viaje.

Dejaré que sean las propias palabras de mi abuelo las que pongan fin a estas líneas. Lo que a continuación viene procede extractado literalmente de una conferencia por él pronunciada en el Curso 1944-1945 ante una Asamblea de Maestros, en los tiempos en que fue Director tanto del recordado "Colegio de Empleados Ferroviarios" de Huelva como de la Escuela de Comercio.

Dice el viejo maestro: "En nuestros días con el nuevo rumbo que ha tomado la Economía y la Técnica, el procedimiento de trabajo y el aprovechamiento de todas las aptitudes, ha planteado problemas a la humanidad, a los que la escuela como preparación para esa forma de vivir no puede ser ajena. Si bien debido a los adelantos, las necesidades del momento han desbordado y dejado atrás a la Escuela que debe seguir en todo momento al progreso, preparando a la juventud para integrarse en ese engranaje complicado que constituye la sociedad moderna.

No quiero al hablar de este tema tocar la formación patriótica y moral de la juventud, sobre esto, que es la base de toda educación ya han disertado o disertarán voces más autorizadas que la mía. Pero aún dando prioridad a esa formación que debe ser el mejor adorno de la juventud y el fin primordial que la Escuela debe seguir, yo quiero hablar de la preparación técnica de los escolares que también es un aspecto al que la escuela no puede volver la espalda.

Sin que me pare a analizar las causas y sin que me atreva a afirmar si es para

bien o para mal hay un signo que domina todas las actividades humanas supeditando la política y todas las manifestaciones de la vida a su tiránico dominio: La Economía. Las cosas han variado totalmente en este aspecto borrando las características peculiares de cada pueblo en el aspecto económico y social y tendiendo a una uniformidad cuyo denominador común se conoce con el nombre de nivel de vida. El aislamiento económico de la aldea o de la nación que se bastaba con sus propios medios y se consideraba satisfecho con sus propios productos ha desaparecido. La aviación ha borrado las distancias y antes que la tierra de un giro sobre sí misma están salvadas las mayores distancias, pudiendo estar presente en tan poco tiempo en los distintos países. Igualmente el progreso de la técnica ha acabado o está a punto de acabar con el trabajo lento y rutinario del artesano autónomo. Cuando los trastornos de la guerra desaparezcán, la competencia comercial y las teorías de Taylor y Fayol unida a la fabricación en serie de Ford pondrán en peligro muchos hogares de artesanos que tendrán que adaptarse a la nueva manera de vivir y trabajar si no quieren ser arrollados por las incontenibles carreras del progreso. Pero esta técnica necesita un material humano preparado que en todo momento será mucho más decisivo que la más perfecta y complicada de las máquinas. Formar ese elemento de acuerdo con los principios predominantes es labor que la escuela tiene que acometer con toda decisión, si quiere cumplir su hermoso fin.

Pese a todo lo que se quiera decir, la Escuela no es más que la reunión de niños y maestros asociados para cumplir el fin de la Educación. Y donde quiera que se encuentre un maestro consciente de su deber y apto para desempeñar su importantísima misión y unos alumnos dispuestos a asimilar su enseñanza, por el solo hecho de la concurrencia de estos dos factores, habrá Escuela y buena Escuela, aunque se escasee de otros medios materiales muy dignos también de tener en cuenta.

Teniendo en cuenta estos dos factores primordiales vamos a estudiarlos y ver si responden a las necesidades del momento, situándolos en la coyuntura histórica actual, es decir, haciendo un estudio con el medio que le rodea y sus necesidades y no aisladamente ni con la espalda vuelta a las realidades de la vida.

En todo el engranaje de la educación es el niño quien merece la suma atención. El niño es el factor primordial de la educación, es la materia plástica que convenientemente moldeada ha de estar en perfectas condiciones para cumplir su cometido en la vida tanto en el orden moral como material. Surgen ante el análisis de los hechos la pregunta de que si el niño español está realmente en condiciones de recibir las enseñanzas que el momento reclama. A ella tengo que contestar sin duda alguna afirmativamente. En nuestros trabajos de Enseñanza Secundaria hemos podi-

do comprobar con satisfacción la facilidad de asimilación que el niño español tiene para los más difíciles problemas de la enseñanza y a nuestro juicio puede prepararse en tan buenas condiciones como tengan los más capacitados tanto en el orden intelectual como en el técnico y manual.

No cabe duda que el niño español no tiene que envidiar a nadie en inteligencia si bien, tiene en contra cierta indolencia y desorden propio de los habitantes de los países meridionales. Tendencia digna de tenerse en cuenta por el maestro para corregirla en lo que sea posible. Como resumen de este estudio podemos llegar a la feliz conclusión de que el elemento que el maestro va a moldear es realmente apto para que se consiga el mayor éxito en su formación. Y hasta podía afirmar, basado en testimonios observados por autoridades indiscutibles de la enseñanza primaria española, que el ambiente es más propicio en nuestra patria para una formación moral y técnica que en el resto del occidente europeo. Factor digno de tener en cuenta en el problema que nos ocupa es la actitud de la familia ante los hechos del momento. Como he hecho al hablar del niño, en este aspecto también me siento optimista, creo que en general la familia española está en perfectas condiciones de afrontar el grave problema de la educación. Y salvo algunas excepciones, me atrevo a afirmar y las estadísticas lo comprueban, un ansia mayor por parte de los padres de que sus hijos tengan una carrera o una hermosa profesión.

Y esta actitud es muy digna de ser estudiada, pues cuando los intelectuales nos quejamos de que no vale la pena estudiar una carrera por los muchos sacrificios de todo orden que requiere y la escasa remuneración que reporta; cuando a cada momento decimos que se gana más vendiendo tabaco en una esquina y cuando a los intelectuales nos preocupa el porvenir de nuestros hijos y pensamos en profesiones más lucrativas, precisamente el negociante afortunado que no tiene una formación moral ni intelectual adecuada mira en sus ratos de ocio a su conciencia y al verse desposeído de la hermosa prenda de la cultura siente el frío aterrador de la ignorancia y nos entrega a sus hijos para que no padezcan de ese mal que ellos por su falta siente mejor que nosotros. Y también es digno de destacar que cuando las necesidades económicas son más apremiantes, y cuando una enorme parte de nuestras preocupaciones se consumen pensando en la forma de mantener encendida la cocina o en la manera de salir a la calle con el decoro que la dignidad de una profesión requiere, nos aferramos al perfeccionamiento de nuestros hijos y faltará quizás lo más necesario para el sustento, pero no faltará el libro ni la hora íntima del hogar en que el padre tratará de transmitir a sus hijos los pocos o muchos conocimientos que posee.

Quiero hacer aquí un inciso, puesto que me dirijo a los maestros para destacar el sublime sacrificio que en la lejanía de la aldea o del pueblo hacéis en pro de vuestros hijos, luchando con la escasez de medio, la falta de libros o la deficiencia de vuestra preparación muy apta para la Enseñanza primaria pero insuficiente para las diversas materias que hoy se exigen en un Bachillerato o en estudios similares. Esto hace que vuestro sacrificio sea sublime y penoso hasta el límite. Por ello, yo desde este lugar os brindo el afecto y el apoyo de mi cargo y si alguna vez necesitáis de él, encontraréis en mí toda la colaboración que os puede prestar un compañero que comparte vuestros problemas y vuestros anhelos.

La colaboración de la familia en la marcha de la Escuela y de la formación del niño resulta crucial. Sé que en el pueblo el muchacho falta más a clase que en la ciudad, lo que se debe entre otras causas a que en el taller no admiten a los niños hasta después de la edad escolar, mientras en el pueblo ayuda al padre en las labores del campo a una edad muy temprana, lo que dificulta grandemente su asistencia a la escuela. También este problema tiene solución al menos en gran parte, por un lado prohibiéndose a los padres emplear a los niños hasta cierta edad obligándoles a asistir a la escuela o dando las clases a horas compatibles pero sin que ello requiera el exclusivo sacrificio del maestro, sino que éste en sus horas extraordinarias tenga la remuneración que cualquier operario con menos motivo y dignidad percibe. El beneficio del que ya disfruta el niño de la ciudad, debe extenderse al del campo con el necesario apoyo de las autoridades.

Ahora vamos a hablar del maestro y vamos a procurar situarle en el momento actual, estudiando la posibilidad de su adaptación a las tendencias y necesidades de la vida moderna. ¿Qué exigen los momentos actuales y qué esperan de los maestros para que los muchachos cumplan su cometido como parte integrante de una sociedad en franco progreso?

A la vista de las cifras aterradoras que dan a nuestra provincia el índice o porcentaje más alto de analfabetismo de la nación, parece que nuestra labor principal será acabar con esa plaga que al contemplarla nos enrojece de vergüenza al considerarnos en un plano de inferioridad con las demás provincias. Y así debe ser: el analfabeto en la vida moderna es más desgraciado que el hombre a quien le falta un sentido. Siempre ha sido necesario saber leer y escribir pero ahora mucho más; y no solo por lo que ello significa en el orden cultural y religioso sino también por la absoluta necesidad de orden práctico que ahora se deja sentir con más fuerza que nunca. Hoy el analfabeto no tiene cabida ni en un ejército moderno. Cierta General norteamericano decía que un soldado analfabeto era un soldado ciego. Además con el control

que hoy lleva el Estado de todas las cosas, y la cantidad de documento que tiene que manejar el más humilde aldeano unido a las exigencias de los seguros sociales hacen ineludible el saber leer y escribir.

Llegamos con esto a la conclusión de que el analfabetismo es una planta que hay que extirpar rápidamente de la conciencia de todos los pueblos. Pero sería pueril creer que con extirpar el analfabetismo el Estado español y el Magisterio se podían considerar satisfechos. Esto sería superar solamente un escalón en ese desnivel que nos separa de los pueblos que tienen dominado el problema. El maestro no puede conformarse en manera alguna con tan poca cosa y debe afrontar el problema con todas sus consecuencias. Lo mismo que hemos afirmado que no podemos concebir, como mínima aspiración, la existencia del analfabeto en la vida moderna, tenemos que hacer constar con gran satisfacción pues ello es signo de progreso en la marcha ascendente de los pueblos, que han quedado muy atrás en aquellos tiempos en los que creíamos que bastaba leer y escribir "para nuestro avío" y conocer rudimentariamente las cuatro reglas aún a costa de sumar con los dedos.

Acabar con el analfabetismo es cosa que incumbe primordialmente al maestro rural, pero este otro problema del perfeccionamiento del niño es materia que afecta de manera más directa al maestro de la ciudad. Si queremos analizar los hechos tal como son y nos queremos dar perfecta cuenta de nuestra responsabilidad en los momentos actuales, tendremos que afirmar y admitir como axioma, que al muchacho de la ciudad no le basta con saber las consabidas cuatro reglas. Incumbe también al Magisterio como elemento activo en la impulsión del progreso, transformar la rutinaria manera de aprender un oficio a los muchachos. Todos sabemos como ello tenía y aun tiene lugar. El niño aparecía un día por la tienda o el taller y se le entregaba una escoba o una carretilla para que hiciera los menesteres más bajos entre burlas y bromas de mal gusto de los mayores. Y cuando llevaba mucho años en el taller y sin que nadie le diera una explicación a fuerza de observar aprendía algo, por lo que había que tener verdadera vocación y fuerza de voluntad si quería aprender un oficio. No hay que hacer constar que muchos de estos muchachos jamás abandonaban la carretilla lo que les hacía trabajar toda la vida como peones, creándole un descontento permanente. Tenemos que acabar con este estado de cosas y esa es labor del maestro convenientemente ayudado y estimulado por las autoridades docentes.

La orientación profesional se impone con la fuerza arrolladora de la necesidad y cuanto que el niño está en posesión de los conocimientos más indispensables hemos de dirigir sus pasos hacia la profesión que mejor cuadre a sus aptitudes innatas. Así con aquellos niños que vayan a dedicarse a la mecánica, la albañilería o la carpin-

tería serán instruidos en el dibujo lineal e industrial, tendrán los conocimientos sencillos pero necesarios de matemáticas, física, geometría, etc., para poder pasar a la escuela profesional donde completarán su formación y el día que se presenten en un taller serán un oficial con todo el respeto y la categoría que su profesión requiere, sin que haya tenido que estar muchos años manejando la escoba. Y con los que vayan a seguir el camino del estudio el procedimiento será distinto. Los conocimientos serán más teóricos, haciendo hincapié en la investigación de las causas que producen los hechos, acostumbrándolos a razonar, a expresarse correctamente en la conversación y por escrito y en fin perseguir en las asignaturas una preparación más científica que práctica de acuerdo con el fin que perseguimos.

Quiero también destacar que son muchas las cosas que los niños tienen hoy que aprender y conviene seleccionar lo que realmente es necesario de lo que puede resultar superfluo. Milton afirmaba que era más conveniente lo práctico y hoy un muchacho se preocupa más por conocer algo sobre la energía atómica que por saber la ley de Newton. Es decir, al que va seguir una profesión le interesa más saber la aplicación de un conocimiento a la realidad que deducir las leyes de su fundamento lógico. Es un absurdo confundir al investigador de la ciencia con el técnico en una materia.

Ahora vamos a entrar en otro aspecto interesante del problema que nos ocupa. ¿Cuándo debe terminar la labor del maestro? Es indudable que la capacidad de un hombre no puede abarcar el gran número de materias que constituyen los programas de la segunda enseñanza, al menos con la extensión que se requiere y por tanto cuando el niño tenga que adquirir determinados conocimientos habrá que acudir al especialista de cada materia o al profesional de cada rama. Esto es cierto, pero a mi entender la dificultad está en qué momento el niño está capacitado para salir de las manos del maestro. No creo que deba ser antes de los trece o catorce años. Mientras el niño está en edad escolar debe ser instruido por un maestro. Hay que llenar el vacío que existe entre la enseñanza tal como se concibe hoy y la enseñanza media, y ese vacío debe ser eliminado por un maestro.

Las autoridades docentes ya se han dado cuenta de la importancia de este hecho y han creado las escuelas preparatorias en los centros de enseñanza media, pero aún hay que llegar más lejos y hacer que las materias que cursan los alumnos en los primeros cursos al menos de la enseñanza media sea explicada por maestros, pero no cabe duda que estos tienen que ser previamente seleccionados y preparados para el fin que de ellos se pretende conseguir. Había que crear escuelas especiales servidas por maestros capacitados, lo que traería como consecuencia en las poblaciones donde existen centros de enseñanza media, que el niño con el maestro se desen-

vuelva con más libertad y que la enseñanza estuviera más adaptada a la edad escolar del alumno, siendo más pedagógica, aunque después fueran examinados por los Catedráticos. De esta forma se evitaría el grave error de entregar un niño de diez años en manos de ocho o más catedráticos muy preparados cada uno en su materia pero poco aptos para adaptar esos conocimientos a los alumnos pequeños, ya que no conocen la existencia ni remotamente de una asignatura que se llama Pedagogía. Para concretar diré, que los tres primeros cursos de Bachillerato y los dos primeros de la carrera de Comercio que debe ser a base de una ampliación de los conocimientos de la enseñanza primaria debían estar a cargo de maestros seleccionados.

Y estas ideas creo debían llevarse a efecto en los centros de población donde existen institutos de enseñanza media o Escuelas de Comercio, ¿ha pensado nadie en el beneficio que podría reportar a la enseñanza la creación de estas escuelas en multitud de pueblos, donde con mucha economía los niños debían cursar los primeros años de la enseñanza media sin desplazamientos costosos o los primeros pasos de las profesiones antes de desplazarse a los centros más superiores? Téngase en cuenta que entre otras muchas ventajas podría tener la de la selección. Un chico no debía pasar de las escuelas que preconizo si no tenía verdadera aptitud para el oficio o profesión que pretendiera seguir.

No sería mala manera de acabar con el triste problema tan generalizado del muchacho que dejó el pueblo para estudiar en el centro privado de la capital, de cuyo fracaso el padre no se ha dado cuenta hasta después de siete años de estudios infructuosos, pues no ha tenido control oficial en los estudios de bachillerato hasta el momento de realizar el examen de estado en la Universidad y si este no era superado, se quedaría el alumno únicamente con el hecho de haber aprobado el ingreso en bachiller. He podido comprobar y todos sois testigos de ello y aún os puedo citar nombres, quizás entre los presentes, que los muchachos preparados en los pueblos por maestros hasta los cinco primeros cursos del bachillerato han hecho un magnífico papel cuando han venido a la capital a preparar la reválida. Por lo tanto, el problema no es tan difícil ni descabellado como a simple vista pudiera parecer, en la mayoría de los casos sería dar estado legal a una situación de hecho que en realidad existe para gloria de muchos maestros. Lo que si entiendo es que no se trata de un problema para resolverlo en pocos días, las buenas cosas hay que madurarlas convenientemente.

Hasta aquí me he olvidado un poco de mi cargo de director y catedrático de la Escuela de Comercio, así que me van a perdonar la insistencia con que voy a tratar el asunto haciendo constar que no voy a cantar las excelencias de esta rama de la enseñanza porque a cada uno le parece lo suyo lo mejor. No; es que como al princi-

pio les decía la Economía se ha convertido en la tirana más temible de los pueblos modernos. El comercio ha tomado un auge insospechado y el afán de las gentes de gozar de todas las comodidades antes reservadas a los privilegiados unido a las grandes exigencias de la vida moderna plantean un problema al que el maestro no puede permanecer ajeno. En un prólogo de un libro de Economía, leí no hace mucho, que esta asignatura era precisamente la que nadie debía ignorar por su importancia en la vida moderna, hasta el punto de que ponía como ejemplo el caso de que a un muchacho se le enseñara en el Bachillerato lo que era la pirita de la cual no iba a tener más noticias a no ser que fuera a dedicarse a la minería y aún en este caso sería para caer en el campo de la economía, en cambio no se le enseñaba lo que era un Banco del que forzosamente había de servirse en la vida ineludiblemente.

Añadiría además, que hay muchos niños que han oído hablar más de las letras de cambio que de las del alfabeto. Por eso no es extraño que la contabilidad, la tributación y los seguros sociales en las empresas absorban una cantidad de empleados mucho mayor que necesitaban antes y si bien al frente de una empresa grande hacen falta técnicos titulados, la empresa pequeña no puede con esa carga. Por ello, el maestro debía enseñar a sus discípulos los rudimentos de estas materias ya que muchos de ellos serán el día de mañana pequeños agricultores o comerciantes que tendrán la necesidad de estos conocimientos. Pero es más, el mismo maestro podría en horas compatibles con la escuela, dedicarse a llevar la contabilidad y la correspondencia en las empresas de la localidad o bien dedicarse a dar clase de lo mismo.

He pensado que sería muy conveniente celebrar unos cursillos para capacitar al maestro en quehaceres de tanta importancia, cuyos resultados serían beneficiosos no sólo para él, sino también para los alumnos y para las empresas.

La permanencia del maestro en el pueblo como avanzadilla del progreso le coloca en una situación muy adecuada para servir de enlace y comunicación del medio rural con la ciudad. Y no crean Ustedes, que la idea no ha merecido ya la atención de algunas empresas mercantiles, pues ya he visto en nuestros periódicos profesionales como las Compañías de Seguros trataban de organizar cursillos de capacitación entre los maestros para atraerlos al campo de la producción en esta actividad. Con gran clarividencia se han percatado del papel de consejero e introductor de nuevas ideas que el maestro puede llevar a cabo en el medio donde vive sobretodo si se ha sabido ganar por su laboriosidad y honradez el aprecio de sus convecinos. Donde haya un núcleo cualquiera de población allí estará el maestro y con él un centinela de la civilización que tratará por todos los medios de mejorar la condiciones de vida del poblado haciendo que la luz de la verdad y el avance del progreso llegue a todos los rincones de la patria.

Por mucho interés que se tome el Estado por los problemas de la enseñanza nunca podrá llegar el centro de enseñanza media a todos los rincones del país y los chicos de la pequeña población se verán siempre en condiciones de inferioridad que solo podrá mitigar el maestro. Nosotros hemos pensado, sugerido por algunos maestros, organizar un cursillo de Contabilidad para que puedan perfeccionarse en esta materia aquellos maestros que en sus residencias se dedican a preparar alumnos para las Escuelas de Comercio y tropiezan con la dificultad de ser una asignatura especial de la carrera mercantil y de la que ellos naturalmente no tienen conocimiento.

En fin el maestro tiene que procurar por sus propios medios, perfeccionarse y escalar un puesto que le de la consideración y la estima a que tiene derecho por su augusta función. Tengan en cuenta que no es la profesión ni el título el que eleva a la persona sino al revés. Mi mayor orgullo es que cuando era un simple maestro sin oposición siquiera, gracias al trabajo que desarrollaba y al celo que ponía en el cumplimiento del deber llegué a tener una gran consideración social y si me aprietan un poco diré que bastante más que ahora porque estaba más en contacto con los familiares de los alumnos y tenía más tiempo para dedicarme a la formación de mis alumnos, conviviendo más con ellos.

Está bien que el maestro como clase procure todas las mejoras que estime debe alcanzar, pero hay algo más importante que todo eso y es que la conquista más firme y segura es la que hemos alcanzado con nuestros propios méritos porque esa no la puede dar ni quitar la publicación de un decreto. Hay que mirar un poco hacia dentro y no esperar con los brazos cruzados que la regeneración venga de fuera.

¿Es posible sin embargo alcanzar estas metas, o por el contrario se trata de una utopía? Este lugar es testigo de que es factible lo que digo. Y no se crean que se trata de un caso aislado ni mucho menos. Yo llegué a tener aquí casi una docena de maestros dedicados a la segunda enseñanza y jamás se me ocurrió traer un licenciado porque sabía de antemano que el resultado iba ser muy distinto. Con ello nosotros nos beneficiábamos, quién lo duda, pero al mismo tiempo prestábamos un gran servicio a las clases modestas haciendo que sus hijos cursaran una carrera u ocuparan un cargo decoroso en las oficinas de Huelva. Habíamos logrado la aspiración máxima de un padre: que el hijo fuera más que él, con lo que se daba por satisfecho de su papel en la vida. No hay mayor alegría para un padre que ver a un hijo perito industrial si el fue un simple mecánico, o verlo profesor Mercantil, si él fue un simple oficinista. Nuestra profesión, como todas, y quizás más está muchas veces llena de ingratitudes y no se nos agradece la labor realizada, pero si miramos hacia den-

tro sentiremos la satisfacción del deber cumplido unido al orgullo de ver tanta gente, incluso, entre los que escuchan que son algo gracias a nosotros. Para mí, contemplarlos aquí o ver que me atienden cuando llego a una oficina es un placer tan grato, que es cuando verdaderamente me alegro de ser maestro, borrándose todas las amarguras.

Tenemos que aprovechar los momentos actuales, hay una baja general de los valores morales e intelectuales, pero al lado de ello hay un prometedor afán de cultura que tenemos que valorar si queremos sentir la satisfacción de cumplir con el deber que voluntariamente hemos echado sobre nuestros hombros. La Humanidad es como el ave fénix que resurge de sus propias cenizas y se funde en el crisol del dolor, donde se purifica y embellece todo lo que en la vida hay de hermoso. Y Muchas veces hay que convertirse en cenizas para resurgir. Por ello a pesar de todos los males que aquejan a nuestro tiempo no perdemos el optimismo y vemos brillar a lo lejos en la oscuridad de la ignorancia y la malicia de los tiempos aquella lucecita que guía al caminante del cuento manteniendo firme su corazón y viva su esperanza.

No despreciemos la importancia de nuestro papel en esta transformación porque del niño más inocente y menos maleado que el adulto es de donde tiene que resurgir la regeneración de la humanidad, y en eso la mano del maestro, es la llamada a dar la conformación más adecuada, para que el niño sea lo que esperamos de él, el ciudadano fiel a los principios de su patria, esperanza de una Humanidad mejor. Mejorando el maestro al ambiente se beneficiará a si mismo y hará que se sienta la necesidad de su profesión sin la cual y debidamente dotada no puede prescindir ningún pueblo moderno. Y para terminar os recuerdo una frase de Benavente que el maestro debe llevar siempre gravada en su corazón: En cada niño nace la Humanidad y no olvidemos tampoco que seremos artífices muy importantes en ese simbólico alumbramiento".

Sevilla, julio de 2006.